

LOS MUNICIPALES

Eran otros tiempos, otras gentes, otras las costumbres, iban siempre a caballo por las aldeas, valles, cañadas, senderos, veredas, pueblos y montañas, a la espalda terciada la carabina, en su pecho la bandolera, de sombrero ancho, polainas, pantalón bombacho, espuelas de plata, la divisa amarilla y la estampa de San Jorge, el vencedor del dragón.

Cantaban sus amores ya en las mañanitas de rocío madrugador ora bajo el sol canicular, ya al ulular de las estrellas cuando es más oscuro el amanecer. No conocían el miedo a los peligros, a la tempestad, a las fabulas o fantasmas deambulantes, como tampoco a los ríos de torrentoso caudal, en sus alforjas portaban el remedio que ansiaba el campesino para el cuidado de sus animales al igual que su palabra que alentaba cual samaritano a los enfermos, a los tristes, desvalidos y abandonados a la vera del camino su mano les tendía, arreglaban entuertos y a los malhechores apresaban como el Quijote soñador; a su paso florecía la paz y con ella las esperanzas y la alegre primavera.

Desde una ventana o desvencijada puerta, una niña en edad de merecer, de trenzas, capul, faldón y sandalias nazarenas, con ojos color de cielo, les regalaba una sonrisa, en muestra del más tierno amor.

Solían pernoctar en las haciendas en las que se les brindaba forraje para las cabalgaduras, hospedaje y no faltaban en la mesa viandas cocidas en rústicos fogones de leña alimentados. A la luz de la luna rasgaban las guitarras y vertían cuentos a cuyo eco la peonada y moradores dormitaban plácidamente.

A la escuelita rural acudían para izar la bandera y entonar el himno de Núñez, junto a los chiquillos que se apretujaban a su alrededor en disputa de una caricia o de un dulce que pródigos obsequiaban los gendarmes montados de aquel entonces.

Eran con el juez, el párroco, el maestro y el alcalde, símbolos de respetada autoridad. Concurrían a las ferias, actos públicos y hasta las honras fúnebres de los que al campo santo partían para vivir eternamente en el alto. Los domingos acudían con la feligresía al templo parroquial y en las fiestas patrias organizaban el desfile en honor de quienes ayer habían legado la libertad, a todos conocían y eran de todos conocidos; su amabilidad no tenía fronteras. En condición de retiro, se constituían en figuras venerables de grata recordación, en su hogar las tradiciones se observaban religiosamente, en la comunidad eran la solución a todo tipo de controversias, eran sabios y prudentes. En la sala de su casita blanca rodeada de jardines se podían observar cartas apolilladas, fotografías, medallas y diplomas como reconocimiento a su valor y virtudes, familia que la esposa cuidaba con gran veneración fruto de ese amor silvestre.

Así eran los carabineros de antaño, caballeros curtidos en la brega policial que, tras agotadoras jornadas, de regreso al rancho o vetusto cuartel, añoraban de nuevo su partida a los parajes en los que la vida florecía como en las mañanas de sol naciente. Paso el tiempo y con él aquellas románticas edades que mato el narcotráfico.

"Compañerismo integridad y bravura"


Brigadier General (H)
Humberto Aparicio Navia

Bogotá D.C 1968